

causas mayores concernientes á los obispos. El autor trató en ella especialmente de establecer: primero, que los obispos tienen derecho para decidir sobre las materias, así de fe como de disciplina, y para oponer la autoridad que recibieron inmediatamente de Jesucristo á las novedades que puedan suscitarse en sus diócesis y en sus provincias; y segundo, que segun la disciplina del concilio de Sárdica, recomendada con tanta frecuencia por los demás concilios y por los antiguos Papas, los obispos deben ser juzgados en primera instancia dentro de su provincia. Por lo demás habia en dicha obra muchos pasages demasiado fuertes con respecto á la curia romana. Por tanto dispuso el clero que se hiciese otra edicion, en que el autor debia corregir lo que justamente pudo desagradarla. „Pero no siendo probable (dice el clero por medio de sus comisionados) que el Papa haya querido oponerse á las máximas que se establecen en la obra acerca de las causas mayores, la hemos juzgado digna de nuestra proteccion, como que establece con mucha erudicion una doctrina sana y fundada en los cánones mas antiguos.” Esto no fue mas que un preludio de la famosa desavenencia que hubo poco despues entre Inocencio XI y la Francia.

14. En este intervalo, el vizconde Guillermo de Stafford, fue condenado á muerte en Inglaterra con pretexto de una conspiracion formada contra el Rey Carlos II, el cual, sin embargo de que era protestante, tenia mucha mas confianza en los católicos que en

los vasallos de su religion (1). Esta acusacion en que se implicaba á la Reina y al duque de York, estaba destituida de toda verosimilitud, y no era mas que una trama urdida por los fanáticos celosos y muy acreditados en el parlamento, á fin de impedir que reinase el duque, en ódio de la verdadera fe que profesaba sin ningun respeto humano. No obstante, fueron víctimas de esta absurda calumnia muchos católicos. Stafford, á quien el Rey estimaba muy particularmente, fue arrestado sin mas prueba que la declaracion de dos malvados insignes, Oats y Bedlor; y despues de dos años de prision fue condenado por el parlamento á la pena de los reos de lesa Magestad. Fueron inútiles los esfuerzos que hizo el Rey para salvarle la vida, y lo único que pudo conseguir fue que se le conmutase el suplicio. A los setenta años de edad le cortaron la cabeza en Londres el dia 8 de Enero de 1681. Habiendo subido al cadalso con una firmeza digna de la fe que profesaba, hizo un discurso para justificar su inocencia, y protestó que moria gustoso por la fe católica, apostólica, romana. Fue mas feliz que el conde Stafford, virey de Irlanda, el cual, muriendo en la heregía, solo fue mártir de su fidelidad al soberano. El delator Oats, y muchos cómplices de su atróz calumnia, condenados cuatro años despues como perjuros por el mismo parlamento, justificaron plenamente la memoria de aquel á quien habian entregado á la muerte.

15. La fe romana hacia que germinase la palma

(1) *Revol. de Inghat. l. 11.*

del martirio, y lo que es aun mas maravilloso, el lirio de la virginidad, en las tierras incultas del Canadá, entre los iroqueses, que son los antropófagos mas crueles y los mas abandonados á los ímpetus vergonzosos de las pasiones animales. El mismo cielo cuidó de ilustrar con milagros el nombre bárbaro de Catalina Tegacuita, vírgen iroquesa, que murió, como habia vivido, en olor de santidad (1). Se hicieron tantos prodigios en su sepulcro, y se recibieron tantos y tan señalados favores del cielo por su intercesion, que se la llamó la Genoveva de la nueva Francia.

Nació de padre infiel y de madre cristiana, la cual era muy afecta á su religion, pero murió cuando tenia su hija cuatro años, sin haber podido proporcionarla la gracia del bautismo. Quedó la huérfana bajo la direccion de unas tias infieles, y en poder de un tio sumergido en la misma ceguédad. Habiéndola quedado los ojos muy delicados de resultas de las viruelas, estuvo algunos años sin poder sufrir la claridad de la luz: lo que fue para ella un medio de predestinacion, porque viéndose reducida á pasar los dias enteros en su cabaña, se acostumbrió insensiblemente al retiro, y al fin hizo por gusto lo que al principio habia padecido por necesidad. Por este medio conservó en el seno de la corrupcion la mayor inocencia de costumbres. Nunca tuvo que acusarse sino del uso de los adornos propios de su sexo; porque no se ha de creer que este género de lujo esté reducido

(1) *Cart. Edif. t. 6. p. 40 y sig.*

solamente á las naciones civilizadas. Las mugeres, y sobre todo las doncellas de los salvages, ponen particular estudio en engalanarse. Además de las hermosas pieles y de las telas de colores sobresalientes que adquieren por cambio en el comercio de los europeos, se cubren de pies á cabeza con conchas de varios colores: hacen con ellas collares, brazaletes, pendientes, cinturones y guarniciones para los zapatos. La jóven Tegacuita tenia poca inclinacion á estas frivolidades, pero no dejó de usarlas para complacer á las personas en cuyo poder se hallaba, las cuales tenian vanidad en presentarla en las juntas de su pueblo, en las que ocupaba un lugar muy distinguido. No obstante, cuando llegó á ser cristiana, lo miró como un delito, le lloró toda su vida, é hizo rigurosas penitencias á fin de espíarle.

16. Los iroqueses habian tomado ya entonces alguna tintura de las verdades evangélicas, en las predicaciones del padre Jogues, que se considera como su primer Apóstol, y con muy justo título, pues fecundó con la efusion de su sangre el suelo ingrato, cuyo desmonte le habia costado torrentes de sudores. Por primer premio de su sacrificio le cortaron los dedos aquellos bárbaros atroces, y difiriéndole la muerte, le detuvieron en una horrible esclavitud, de la cual pudo escaparse por una especie de milagro. En el año siguiente su celo intrépido volvió á llevarle en medio de sus verdugos, los cuales le hicieron padecer el último suplicio. Otros dos jesuitas, asociados á su ministerio apostólico, consiguieron

igualmente la corona del martirio. Destruyendo despues aquellos bárbaros las colonias francesas, envió tropas el gobernador de Quebec para sujetarlos; se hizo la guerra en lo interior de su país, se quemaron muchas aldeas, y ocupó el terror el lugar de la insolencia. Hicieron proposiciones de páz que parecieron razonables: sus diputados fueron acogidos en Quebec con mucha bondad, y se concluyó el tratado á satisfaccion de ambas partes.

Como el principal objeto era establecer entre ellos el Evangelio, se eligieron tres misioneros para que acompañasen á sus diputados, con pretesto de confirmar la paz que se les acababa de conceder; y á fin de que fuesen mejor recibidos los ministros del Evangelio, les dió el gobernador varios regalos para los principales de la nacion. Llegaron á tiempo que aquellos pueblos disolutos estaban abandonados á todo género de escesos, verosímilmente en celebridad de la paz; de suerte que no hubo quien se hallase en estado de recibirlos, á escepcion de la jóven Tegacuita, que no tomaba ninguna parte en aquellos placeres licenciosos. Así fue particularmente conocida de las personas á quienes la divina Providencia enviaba particularmente para conducirla por los caminos de la salvacion y de la vida perfecta. Se le habia encargado de cuidar del hospedage y asistencia de los ministros franceses: lo que egecutó con tal decencia, modestia y afabilidad, que escitó la admiracion de los misioneros, poco acostumbrados á recibir semejante acogida de los salvages. Tambien á ella la hizo

mucha impresion el prudente temperamento de su gravedad y urbanidad, de su caridad y recogimiento, de su frecuencia en la oracion, y de su puntualidad en todos los egercicios virtuosos en que tenian distribuido el dia. Desde entonces les hubiera pedido el bautismo si se hubiesen detenido allí mas tiempo; pero el fervor de sus deseos la habian proporcionado ya la gracia antes de recibir el sacramento.

Al tercer dia de su llegada fueron llamados los misioneros á otra aldea, donde se los recibió con un aparato que les dió grandes esperanzas del buen éxito de su mision. Dos de ellos se establecieron en esta aldea, y el tercero fue á fundar otra mision treinta leguas tierra adentro. El año siguiente se formó otra mision, y despues en corto tiempo otras varias. En lo sucesivo, como los misioneros destinados á la conversion é instruccion de los iroqueses, llamados agniseses y tsonontuanos, no bastasen para aquellas naciones numerosas y separadas en una infinidad de lugares, fue necesario aumentar el número y las residencias de los operarios evangélicos.

Entretanto llegaba Tegacuita á la edad nubil, y sus parientes no se descuidaron en buscarla esposo. El casamiento de una muchacha apreciable es asunto de mucho interés para toda la familia entre unos pobres salvages, cuyos bienes están reducidos todos á los animales de sus montes y á los peces de sus rios; pues la caza que mata el marido, es, no solo para la muger, sino tambien para sus parientes mas cercanos. Pero la jóven iroquesa tenia intenciones muy

contrarias á los designios de su familia. Dirigida por el Espíritu Santo, sin tener todavía noticia de él, y sin conocer tampoco la escelencia de la virginidad, se sentia inclinada á esta virtud con una fuerza irresistible. Al proponerla el casamiento, se escusó desde luego con pretestos presentados de un modo tan ingenioso, que la dejaron quieta por algun tiempo. Pero se repitieron las instancias, y para evitar dilaciones se trató directamente el asunto sin darla parte. Entre aquellos indios es propio y privativo de los padres arreglar y concluir los casamientos, sin que sea lícito á los contrayentes mezclarse en este punto. Aunque la disolucion de sus costumbres llega al último esceso, no hay nacion alguna que observe en público con mas esactitud las reglas del pudor, cuando se trata de un matrimonio proyectado. Quedaria deshonorado cualquier mozo que hablase públicamente con la persona con quien quiere casarse. Basta que se hable de hacer un casamiento, para que los interesados cuiden mucho de no encontrarse ni hablarse. Pero cuando se convienen las dos familias, queda todo concluido prontamente. En tal caso vá el novio por la noche á la cabaña de su futura esposa, se sienta á su lado; y si ella le permite estar allí, tiene ya todos los derechos de esposo.

Los padres de Tegacuita la proporcionaron un indio jóven, cuya alianza les parecia ventajosa; y admitida la propuesta por el jóven y por su familia, entró por la noche en la cabaña de su amada, y fue á sentarse á su lado. Se inmutó la virtuosa india,

huyó de la cabaña, y no quiso volver á ella hasta que él hubo salido. Creyéronse ultrajadas las dos familias, y la casta iroquesa fue tratada con increíble rigor. Por el carácter feróz de su nacion se puede juzgar lo mucho que padeceria. Todo lo sufrió con una paciencia invencible, y conservando la mayor serenidad de ánimo, sirvió á sus parientes como esclava, con tal sumision, esactitud, constancia y tan buenos modales, que al fin volvió á grangearse su afecto.

Entretanto fue llevado por la divina Providencia el padre Lamberville á la aldea de la virtuosa iroquesa, la cual asistió á las oraciones é instrucciones que diariamente se hacian en la capilla; pero fuese por discrecion, ó timidéz natural, tenia repugnancia de manifestar en público el designio que habia formado de hacerse cristiana. En este tiempo, habiéndose hecho una herida en un pie, tuvo que quedarse en la aldea, mientras la mayor parte de las mugeres iban al campo á la cosecha del maíz. Aprovechóse de esta ocasion el misionero para instruir con mas libertad á los que se habian quedado en las cabañas, y no se olvidó de Tegacuita, experimentando ésta un gozo extraordinario. No se detuvo en manifestarle delante de muchas personas los vivos deseos que tenia de verse admitida en el número de los fieles, aunque sin disimular los obstáculos que tendria que vencer, á causa de que su tio era enemigo del cristianismo; pero mostrando una resolucion superior á lo que prometia su delicadeza y timidéz. Su buena índole, su candor é ingenuidad, la solidéz de su juicio, la

vivacidad de su ingenio y la firmeza de su valor, hicieron juzgar desde luego al ministro evangélico, que algun dia seria Tegacuita la gloria del Evangelio en todo aquel país. Se dedicó particularmente á instruir la y dirigirla, bien que sin ceder tan pronto á las repetidas instancias que le hizo para conseguir la gracia del bautismo. Entre aquellos bárbaros inconstantes es cosa ya establecida no concederle hasta despues de haber hecho las pruebas mas prolijas. Todo el invierno se empleó en su instruccion, y en una informacion rigurosa de su vida y costumbres. A pesar de que aquellos salvages son en extremo maldicientes, no hubo uno que no hiciese elógios de la nueva catecúmena; y aun los que la habian perseguido con mas encono, no pudieron menos de testificar la integridad de su virtud: con lo que no tuvo ya dificultad el misionero en administrarla el bautismo, y le recibió, con el nombre de Catalina, el dia de Pascua del año 1676.

No contentándose entonces Catalina con las prácticas comunes y con las instrucciones públicas, á que asistia siempre con puntualidad, pidió otras particulares para caminar por los senderos de la vida perfecta. Quedaron sujetas á una regla esacta sus oraciones y todas sus devociones, sus penitencias y maceraciones; y yendo cada dia en aumento estos egercicios, llegó la neófita en poco tiempo al mas alto grado de perfeccion.

Parecia que al principio no llevaba á mal su familia el nuevo género de vida. Pero como el alma

que se entrega enteramente á Dios, debe, segun la advertencia del Espíritu Santo, prepararse á la tentacion, no tardó en padecer nuevas persecuciones de aquellos mismos que admiraban su virtud extraordinaria. Miraban éstos una vida tan pura como una acusacion tácita de sus escesos; y con el designio de desacreditarla, mas bien que con esperanza de romperla, armaron mil lazos á su inocencia. Pero triunfó de todos los combates con su confianza en Dios, y la humilde desconfianza que tenia de sí misma, con la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, que supo hermanar muy bien y hacer de ellas un uso oportuno. El efecto que produjeron las maquinaciones de sus enemigos, fue aumentar en ella el horror al pecado, el recurso á la oracion, la vigilancia cristiana, y sobre todo hacer que adquiriese una paciencia egemplarísima.

17. Como por un efecto de su humildad, temblaba aun en medio de sus victorias, por lo que pensó dejar una habitacion sembrada de tantas piedras de escándalo, y trasladarse á una tierra en que estuviesen mejor establecidas las máximas del Evangelio. Poco tiempo antes se habia formado entre los establecimientos franceses una colonia de iroqueses. La paz ajustada entre las dos naciones, proporcionaba á aquellos salvages la libertad de ir á cazar al territorio francés, y muchos de ellos se establecieron en la gran pradera de la Magdalena. Allí los encontraron unos misioneros, que les hablaron en los términos mas afectuosos acerca de la necesidad de la salvacion.

Al mismo tiempo obró la gracia en sus corazones de un modo tan poderoso, que casi de repente se hallaron transformados en otros hombres, y admitieron sin dificultad la propuesta que se les hizo de abandonar una patria en que tantos escollos encontraba su verdadera felicidad y su virtud. Despues de las pruebas acostumbradas, recibieron el bautismo, honrándole desde luego con unas virtudes que son raras entre los fieles mas antiguos. Su egeemplo fue imitado de muchos compatriotas, y en pocos años la mision de San Javier del Salto (este es el nombre que se dió á aquel establecimiento) fue una de las mas célebres por el número y el fervor de los neófitos. Por poco que se detuviese allí un infiel, aun cuando no llevase otro objeto que el de ver á un pariente ó amigo, la tranquilidad, la concordia, la sincera y generosa ternura que reinaban entre aquellos nuevos cristianos, le quitaban todo deseo de volver á su país. Era tanta su caridad, que repartian con los recién llegados los campos que habian desmontado con el mayor trabajo. El ardor de su celo y sus palabras animadas por el Espíritu de Dios, hacian al mismo tiempo una fuerte impresion en los corazones de sus huéspedes. Pasaban los dias enteros, y muchas veces la mayor parte de la noche, en inculcarles las verdades de la salvacion.

No pareciéndoles bastante el convertir á los que iban á buscarlos, hacian escursiones por los pueblos de los iroqueses, y siempre volvian acompañados de algunos nuevos prosélitos. En esta hermosa

cristiandad preparó la divina Providencia un asilo á la virtud de Catalina. Tenia ésta una hermana adoptiva, que se habia establecido ya allí, y consiguió de su marido y de otro celoso neófito que fuesen á convidarla. Salieron como si volviesen á hacer el comercio de los castores con los ingleses, recorrieron el país de los iroqueses, y no dejaron de pasar por la poblacion de Catalina. A la sazón se hallaba ausente su tío, y aprovechándose ella de un momento tan favorable, se puso en camino el dia siguiente con los neófitos. Inmediatamente le dieron aviso de esta evasion. Irritado el viejo caudillo de ver que su nacion y aun su propia familia iba disminuyéndose de dia en dia, cargó su escopeta con tres balas, y echó á correr en seguimiento de los fugitivos, á los cuales descubrió á bastante distancia. Los dos salvages cristianos, que fueron los primeros que le vieron, y habian ocultado á Catalina en una maleza, se detuvieron con gran serenidad, como si solo tratasen de descansar un rato. Sorprendido el caudillo y avergonzado en cierto modo de no hallar con ellos á su sobrina, les habló de cosas indiferentes, y luego volvió atrás, persuadido á que habia sido demasiado crédulo. Pasado algun tiempo, continuaron el viage los dos neófitos con Catalina, y llegaron felizmente todos tres á la mision del Salto.

Fue hospedada Catalina, como lo habian sido su hermana y su cuñado, en la cabaña de una de las antiguas y mas dignas cristianas de la mision. Llamábase Anastasia, y estaba encargada de instruir á las